

## Adelbert VON CHAMISSO, «La fábula de Adelbert»

### Adelbert VON CHAMISSO, «Adelberts Fabel»

---

Traducido por ISABEL HOFFMANN LÓPEZ

Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Filología. Ciudad Universitaria. Plza. Menéndez Pelayo, s/n, 28040 Madrid.

Dirección de correo electrónico: [isahoffm@ucm.es](mailto:isahoffm@ucm.es)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6459-0623>

Recibido/Received: 28/8/2022. Aceptado/Accepted: 2/9/2022.

Cómo citar/How to cite: Von Chamisso, Adelbert, «La fábula de Adelbert», trad. Isabel Hoffmann López. *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 25 (2023): pp. 579-588.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.25.2023.579-588>

---

#### SOBRE EL AUTOR

*Ich bin Franzose in Deutschland und Deutscher in Frankreich, Katholik bei den Protestanten, Protestant bei den Katholiken, Jakobiner bei den Aristokraten und bei den Demokraten ein Adliger... Nirgends gehöre ich hin, überall bin ich der Fremde.<sup>1</sup>*

El botánico, explorador y poeta Adelbert von Chamisso (Charles Louis Adélaïde de Chamissot de Boncourt) nació en enero de 1781 (se desconoce la fecha exacta, pero fue bautizado el día 31) en el castillo Boncourt en Châlons-en-Champagne, una comuna francesa en la región histórica de Champaña-Ardenas, como el sexto de siete hermanos, y falleció en Berlín el 21 de agosto de 1838. Alrededor de 1790, durante la Revolución francesa, su familia se vio obligada a huir de Francia y buscar cobijo en Alemania. Cuando sus padres y sus hermanos mayores pudieron regresar en 1801, Chamisso tomó la decisión de permanecer en Alemania; algo en él había cambiado y no se sentía ya ni de su tierra ni de su familia. A partir de ese momento, se desata

---

<sup>1</sup> En Alemania soy francés y en Francia, alemán; católico entre los protestantes y protestante entre los católicos; jacobino entre los aristócratas, y entre los demócratas soy noble... No pertenezco a ningún lugar, en todas partes soy un extraño (traducción propia). Reza la inscripción de una placa conmemorativa situada en la calle Friedrichstraße 235, en Berlín, residencia de Adelbert von Chamisso entre 1822 y su defunción.

su lucha interior por descubrir quién es y dónde pertenece, ya que su corazón está dividido entre el lugar que le vio nacer y su patria adoptiva. Durante su vida, hace varios viajes a Francia e incluso pasa largas temporadas allí, pero nunca considera quedarse realmente. Los primeros años en su nuevo hogar los dedica al estudio de las lenguas clásicas –y también del alemán– para lo que probó poseer un gran talento (posteriormente aprende varios idiomas más, entre ellos, el español, el ruso y algunas lenguas indígenas). En 1812, se matricula por primera vez en la universidad, aunque tiene que interrumpir sus estudios en varias ocasiones debido a la situación política del país. Entre 1815 y 1818, se embarca en una expedición a la Antártida a bordo del «Rurik» y a su regreso conoce a quien será su esposa: Antonie Piaste, la hija adoptiva de su íntimo amigo Julius Eduard Hitzig. Su profesión principal siempre fue la botánica, ya que él mismo nunca se consideraba escritor y solo creaba poemas y pequeños relatos para sus amigos y familiares. Su gran obra maestra en prosa, *Peter Schlemihls wundersame Geschichte*, escrita en 1813, no es más que una historia dedicada a la mujer y los hijos de Hitzig, que este último decide sacar a la luz con ayuda de otro confidente de ambos, Friedrich de La Motte Fouqué, en 1814. No publica sus primeros poemas hasta la segunda edición del *Schlemihl* en 1827 y nunca llega a creerse por completo la buena aceptación que tienen entre el público alemán (hasta la actualidad).

## SOBRE EL TEXTO

«„*Adelberts Fabel*“, an der ich mich seit acht Tagen dumm gedacht habe und diese Wachtnacht von 10 Uhr des Abends bis 6 Uhr des Morgens blind geschrieben»,<sup>2</sup> escribía Chamisso en una carta a su querido amigo Varnhagen el 25 de abril de 1806 (Hitzig, 1842, vol. v, p. 140).

El protagonista, Adelbert, se queda dormido tras una larga caminata y, cuando despierta, se encuentra en el suelo, congelado, sin poder moverse. De pronto, se le aparece una extraña –y bella– figura que le entrega un anillo y un rizo a cambio de un mechón suyo y, acto seguido, desaparece. Tras un largo duelo por su pérdida, Adelbert inspecciona el anillo con mayor

---

<sup>2</sup> La «Fábula de Adelbert», a la que llevo ocho días dándole vueltas como un loco y por la que he pasado la noche en vela escribiendo desde las diez hasta las seis de la mañana sin cesar (traducción propia).

detenimiento y descubre la inscripción griega *Thelein (Wollen)*.<sup>3</sup> Pronuncia la palabra y de un salto consigue ponerse en pie e inicia la búsqueda de la misteriosa figura. El camino es arduo, pero, finalmente, el héroe llega a su destino. Encuentra a la amada en las profundidades de la tierra tejiendo por pares, junto a muchas otras, el destino de las personas; entre ellos el de Adelbert. Un anciano con capa estrellada y la palabra *Ananké (Notwendigkeit)*<sup>4</sup> grabada en la frente parecía supervisar las acciones de las tejedoras y, cuando Adelbert se acerca a él, vislumbra los dos rizos entrelazados y mira nuevamente el anillo, cuya inscripción ahora dice: *Synthelein (Mitwollen)*.<sup>5</sup> Entonces, se despierta.

Este relato, escrito por Adelbert von Chamisso en 1806 (siete años antes de su gran obra maestra: *Peter Schlemihls wundersame Geschichte*), es el primer trabajo «extenso» en prosa de Chamisso y él mismo es consciente de que por esa época aún no cuenta ni con la experiencia ni con el dominio de la lengua suficientes para crear un texto de calidad, lo que confiesa a su amigo en la misma carta mencionada anteriormente: «Ich fühle, ich kann noch keine ruhige Prosa schreiben»<sup>6</sup> (Hitzig, 1842, vol. V, p. 141). El título de la obra refleja el evidente carácter autobiográfico que tiene este breve relato (Derjanecz, 2011, p. 39); en la historia se entrelazan vivencias personales, reflexiones filosóficas y reminiscencias literarias. El autor se identifica sin ninguna duda con el protagonista y es posible que el texto refleje un deseo por parte de Chamisso de cambiar el rumbo de su vida. El anillo con la inscripción griega puede simbolizar el emblema del Nordsternbund<sup>7</sup> (Feudel, 1971, p. 39).

Por lo visto, Chamisso tenía una admiración especial por las mujeres y, en particular, por su labor y su contribución al mundo. Se había fijado, por ejemplo, en el hecho de que en todas partes las mujeres cosen. Es imposible saber a ciencia cierta si la elección de que sean tejedoras las que determinan

<sup>3</sup> Traducido aquí como *deseo*.

<sup>4</sup> Se traduce como *necesidad*. Ananké es un personaje que en la mitología griega encarna la inevitabilidad, la necesidad, la compulsión y la ineludibilidad (la fuerza del destino) y en la romana, esta figura se denominaba *Necessitas*, de ahí la traducción al castellano.

<sup>5</sup> En español no existe un verbo equivalente para expresar el significado de este término. *Thelein (wollen)* se puede traducir como *desear* (o *querer*) y la preposición *syn (mit)* significa *con*, por lo que la inscripción del anillo expresa al final del relato «desear junto con alguien», lo que podría interpretarse como *unión* o, incluso, como *consentimiento* (sentir con alguien).

<sup>6</sup> Siento que aún no soy capaz de escribir buena prosa (traducción propia).

<sup>7</sup> «El círculo de la estrella polar» era un pequeño grupo literario que crea Chamisso en 1803 junto con algunos coetáneos. De él surgieron grandes amistades y sus publicaciones tempranas (por ejemplo, en el *Musenalmanach*) marcaron sus trayectorias y sus vidas para siempre.

el destino de la humanidad pudiera estar relacionado con esta fascinación, pero, desde luego, no parece del todo descabellado. En este sentido, un dato curioso: años después (alrededor de 1820), su gran amigo Hitzig comparte con él la información de que ya existen «máquinas que cosen» (Natonek 1949, p. 367).

## Romanticismo alemán

*Adelberts Fabel* es un cuento alegórico que está claramente marcado por las influencias románticas que tuvo el autor durante los primeros años de su recorrido literario. Chamisso estuvo atrapado en el Romanticismo temprano hasta aproximadamente 1808, momento en el que su estilo comienza a cambiar porque, aunque coincidía con la concepción del arte del movimiento, no compartía ni su filosofía de vida ni sus corrientes políticas (Feudel, 1971, pp. 50-54). Como romántico, tiene algunas características que se pueden atribuir a la literatura de esta época; por ejemplo, se pueden distinguir aspectos estilísticos propios de Novalis, así como cierta similitud con su «Canto de Klingsohr», en *Enrique de Ofterdingen* (1802). La figura femenina que aparece en el relato podría haberse extraído del *Monte de las runas* (1804), de Ludwig Tieck, y el descenso al infierno recuerda a *El cuento de la serpiente verde* (1795), de Goethe. También las especulaciones filosóficas relacionadas con la libre voluntad de Fichte y Epicteto están latentes de alguna manera, ya que solo a través de la conciencia de aunar la necesidad y el deseo conjuntos, el personaje consigue alcanzar la libertad interior. Las imágenes sombrías que crea el texto no ayudan a esclarecerlo –más bien lo contrario– y transmite la sensación de que el autor no ha conseguido animarlo, debido a que se ha quedado demasiado atrapado en los conceptos abstractos de los que partía y en el estilo pedante de la época (Feudel, 1971, p. 40).

## SOBRE LA TRADUCCIÓN

Se trata de un texto que, aunque data de 1806, (aparentemente) no muestra grandes dificultades a la hora de traducirlo al español; sobre todo, en la primera parte. No obstante, a medida que la historia avanza y la trama se complica, también aumenta la exigencia de las decisiones traductológicas. Se puede tomar como ejemplo el fragmento en el que se describe la figura misteriosa de la que se enamora el protagonista (en el original: *Sie schien in Schmerz versunken [...] wallte sie rasch nach Norden hin*; en la traducción: Parecía sumida en el dolor [...] no sin volver la vista reiteradamente). Es un

fragmento de gran relevancia –un momento cardinal en el relato– y, además de reunir algunas de las características distintivas del principio romántico según Ballestero (1990): las sombras, el deseo absoluto, el anhelo, lo corporal y erótico, lo fantástico e irreal, la otredad, lo femenino, el amor, la espiritualidad, la idealidad, la fuerza y la belleza, es especialmente sensorial.

Palabras clave como «dolor» (*Schmerz*) y «túnica de luto» (*Trauergewande*) permiten percibir la profunda pena en la que estaba sumida (*versunken*) la figura. Se puede vislumbrar, y casi acariciar, el cabello negro que –literalmente– «fluía» (*floß*) en «ondas nocturnas» (*in nächtlichen Wellen*) por todo su cuerpo y el olor de los lirios que formaban sus pechos se puede captar con facilidad. Cuando Adelbert la mira, se puede poco menos que sentir su corazón «temblar» (*erbebte*) dentro del pecho y los «ardientes ojos oscuros» (*finsterflammende Augen*), que realzan aún más el misterio y la fuerza que envuelven a este ser, se clavan en los del lector a través de las palabras. Su voz parece oírse alta y clara al pronunciar su «nombre no terrenal» (*nichtirdischer Name*) y puede palpase nuevamente el tacto suave del rizo al pasarlo por el anillo. Finalmente, todo queda inundado en un silencio absoluto cuando una fuerza invisible arranca a la amada de su héroe y se aleja «con rapidez» (*rasch*), eso sí, no sin el gerundivo «mirando atrás» (*rückwärts blickend*).

En este sentido, es especialmente necesario, llegados a este punto, encontrar el equilibrio entre la fidelidad al texto origen y el distanciamiento del mismo para evitar caer en la literalidad y el calco. El aspecto estilístico –no solo en este párrafo, sino en el texto en su conjunto– está caracterizado por contener oraciones particularmente largas, lo que ocurre a menudo en el alemán (aunque los estilos modernos cada vez se alejan más de esta tendencia). En la traducción española se ha optado por dividir algunas de las oraciones más complejas, aunque se han intentado mantener en la medida de lo posible oraciones compuestas, con el fin de conservar la esencia del original.

## TRADUCCIÓN

### LA FÁBULA DE ADELBERT

Cuando Adelbert despertó, sintió que debía de haber dormido durante mucho tiempo. Se frotó los ojos, que no conseguía abrir por la luz, y la cabeza, que tenía como aturdida. De repente, se acordó de lo que quería hacer: salir a ver mundo y contemplarse a sí mismo en él, reflexionar y comprender, si fuera

posible, ya que esto le estimulaba. Vio su bordón blanco en el suelo, quiso cogerlo, levantarse y seguir su camino tranquilamente, pero había irrumpido el invierno y hacía frío. Mientras dormía, había helado, y se percató de que su bordón y sus ropajes y él mismo estaban fijados al suelo, por lo que no se podía mover; solo las manos, que habían reposado sobre su pecho, estaban libres. A través de las ramas desnudas del árbol bajo el que estaba recostado se filtraba un viento turbio; –es curioso –pensó Adelbert, y se volvió a dormir con el sonido de las ramas meciéndose.

Adelbert dormitaba y se despertaba y volvía a dormir y se despertaba de nuevo. Detrás de él (estaba tumbado mirando hacia el norte), amanecía y anochecía y la luna cambiaba y los años transcurrían, pero él seguía firmemente congelado al suelo y sobre su cabeza murmuraba el viento entre las ramas desnudas. Vio, hasta donde le alcanzaba la vista, que también a su alrededor se habían alzado unos muros de hielo que le oprimían cada vez más, cual muros de un calabozo, de una sepultura. Sí que es curioso, pensó Adelbert, y desde luego, una contrariedad para el viaje; y se le pasaron muchas necesidades por la cabeza, y pensó poco, pero, sobre todo, que no era como otros relataban de sus viajes.

Pensó: hay que afrontar las adversidades con valentía, y lamentarse por aquello que nos viene impuesto es de necios. Si Dios existe, llegará el deshielo, y quizás así consiga recuperar mi libertad y proseguir mi camino y podré usar de forma sabia todo lo que he visto; y entre pensamiento y pensamiento se volvía a dormir.

Observando, ocupación para la que tenía tiempo de sobra, se terminando cuenta de lo malévolo que podía llegar a ser el invierno e incluso llegó, en cierto modo, a odiar el hielo. Lo único de lo que disfrutaba era de contemplar las estrellas a través de la capa de hielo que lo encerraba. Con el tiempo, aprendió a leer el transcurso de los años en el lento deambular del carro celestial y de la estrella polar.

Un día, cuando abrió los ojos tiempo después de haberlos cerrado para reflexionar y haberse quedado dormido, vio una misteriosa aparición. Delante de él se erguía con superioridad una figura femenina como de otro mundo. Parecía sumida en el dolor. Vestía una larga túnica de luto y su cabello negro caía como ondas tenebrosas, desde su luminosa frente, por su rostro hasta esos lirios de lluvia que asemejaban sus pechos, y envolvía su preciosa figura. Con una mano se apartó los rizos de los ojos y él la miró a la cara. Su corazón se estremeció. Ella se acercó, se inclinó sobre él y fijó su ardiente mirada oscura en la suya: pronunció misteriosamente los sonidos poderosos de su nombre no terrenal, como ningún hombre podría hacerlo. Entonces, le cortó un rizo y

se lo llevó y sobre él dejó caer un rizo suyo, que pasó por un anillo que se había quitado del dedo; seguidamente, se apartó de él como arrastrada por una fuerza poderosa y sobre ella cayó un velo de silencio, que la envolvió, y se apresuró en dirección norte, no sin volver la vista reiteradamente atrás.

En vano, Adelbert, quien yacía sin sentido y congelado como el propio hielo que lo retenía, hizo rápido acopio de valor y la llamó suplicando clemencia y sollozando desesperadamente; estiró los brazos, pero se había desvanecido y ante él solo se erguían los sombríos muros de hielo que lo atrapaban. Derramó muchas lágrimas, se puso el anillo y colocó el rizo encima de su pecho y cuando hubo ahogado su corazón en llanto, se volvió a dormir. Pero también en sus sueños se le aparecía la maravillosa imagen de esa dama que lo torturaba con miradas, silencio y desvanecimientos; se despertaba, y reflexionaba sobre el extraño acontecimiento, y se volvía a dormir para soñar con esa mujer. Su corazón ardía de amor por ella y sentía que para él y para su destino no había nada más allá. Le suplicaba con fervor, esperando y creyéndola solo a ella como salvación de su tormento y desgracia; pero no le llegó ninguna salvación, así que siguió aguardando durante muchas lunas más.

Finalmente, se le ocurrió algo más útil. Comenzó a observar el anillo – que hasta entonces solo había besado y estrechado contra su corazón– más detalladamente, con el fin de localizar posibles símbolos grabados en el talismán y, de hecho, los halló, aunque aún le faltaba el conocimiento para interpretarlos.

Descifrar esos símbolos se había convertido en su única ambición y lo intentó incansablemente de todas las maneras posibles, hasta el punto de no dormir; aun así, parecían resistírsele, pero él no dudaba, solo lloraba desconsoladamente.

Sin embargo, una noche en la que volvió a soñar con la maravillosa imagen y la observó con mayor detenimiento, de repente, tuvo una iluminación. Inmediatamente, sacó el anillo y bajo el intenso reflejo de la estrella polar, leyó con rapidez y facilidad la poderosa palabra: ΘΕΛΕΙΝ.

¡Θέλειν! ¿Desear, entonces?

–¡Que así sea! ¡Lo deseo! –exclamó, y de un brinco feroz se levantó y con la agilidad de un pensamiento las presas de hielo que lo sujetaban se quebraron y agarró su bordón, que también se desprendió del hielo con facilidad. En ese momento, el sol salió por el este e inundó de una luz sangrienta los muros de la mazmorra de hielo en la que se encontraba. Se puso el anillo en el dedo índice de la mano derecha y apretó el puño; se dirigió con determinación al muro del lateral este y lo golpeó con fuerza. Con un sonido

atronador, el sólido edificio se resquebrajó y se derrumbó y las ruinas lo rodearon. Allí estaba, de pie, y miró una sola vez por encima de los restos de su larga infamia y no lloró, tampoco rio, solo se sintió calmado y serio, preparado, el pecho lleno de amor y las piernas fuertes para afrontar el tan esperado camino.

El sol se elevó ardiente al mediodía y, de repente, los escombros esparcidos del castillo de hielo se derritieron ante sus ojos. En ese momento, un manantial comenzó a regurgitar alegremente alrededor de Adelbert y en torno a él brotó un mar inmenso que se revolvía con fuerza y rugía peligrosamente; las olas colosales que lo rodeaban parecían querer alzarse con furia contra él y chocaban entre sí para engullirlo. Sobre el mar se formó una borrasca con violentas ventoleras cambiantes que agrupaban todas las nubes encima de su cabeza. Se encontró solo en medio de aquel horror.

Una ráfaga de viento se dirigió hacia él para derribarlo, pero permaneció inmóvil, el vendaval solo logró jugar con sus ropajes; el rizo misterioso que albergaba contra su pecho, no obstante, le fue arrancado y el raudal lo arrastró consigo. Acto seguido, se arrojó con valentía al amenazador torrente y ¡qué sorpresa! la corriente lo llevó con suavidad. El mar y las olas se calmaron ante él y los vientos huracanados se apaciguaron en su presencia; solo una brisa suave lo impulsaba en dirección al rizo transportado por el viento, que seguía con la mirada sin pestañear y se esforzaba por atrapar. Pero del oscuro rizo brotó ante sus ojos la figura celestial de la misteriosa mujer del velo que, suspendida sobre la riada, se alejaba de aquel que intentaba alcanzarla, mientras proseguía su persecución en todas direcciones.

Así, consiguió concluir gran parte del camino, pero se le agotaba el tiempo: el sol estaba suspendido sobre el sur y al norte ya relucía brillante la estrella polar; en el este se extendía una aurora carmesí y el oeste estaba bañado por las ascuas más intensas del atardecer. Las estrellas formaban maravillosas figuras en el firmamento, azur era el aire y azur eran las aguas, cuya espuma se nutría de rosas y flores de dolor.

Y tras una desmedida, larga y persistente persecución, vio cómo la efímera figura flotaba hacia una tierra con altas montañas que se extendía entre el norte y el sur y las miradas que le lanzaba se hacían más y más frecuentes y extrañas. Extremó aún más sus esfuerzos, con violentas brazadas apartaba el agua mientras veía la figura alejarse por la orilla y elevarse hacia las montañas; también Adelbert pisó tierra firme y continuó su búsqueda en la misma dirección. Detrás de él subía la marea y el oleaje se precipitaba tierra adentro, las olas revueltas rompían en sus talones y le aclamaban con amenaza y lamento. Él solo buscaba su volátil objetivo. Esto le llevó a un valle que se

estrechaba frente a él y contra cuyas paredes de roca saliente retumbaba el estruendo de las olas enardecidas. La figura había desaparecido. El valle desembocaba en una grieta abrupta frente a cuya abertura se encontró. Empujado por el mar se estrujó a través de la estrecha hendidura y se halló en un lóbrego pasadizo subterráneo al que no penetraba ningún sonido: el corazón se le encogió.

Durante mucho tiempo, recorrió con decisión esa senda y, sumido en la oscuridad, se abría paso con valentía anhelando llegar a la salida. El pasadizo bajaba cada vez más, conduciéndolo hacia las profundidades, y parecía dirigirse a un abismo infinito.

Así, había descendido largamente, cuando una tenue luz comenzó a inundar la oscuridad; entonces, las paredes de roca se ensancharon y el pasadizo se arqueó sobre su cabeza. Una melodía lejana mecía suavemente el aire, respiró con mayor libertad y apretó el paso con la mirada hacia el frente y más y más claridad le envolvía y más y más resonaba la melodía; pero para alcanzar el origen del centro al que se acercaba, aún debía seguir descendiendo hasta una profundidad inconmensurable.

Entonces, ¡descubrió unos rostros maravillosos! En una inmensa estancia subterránea se aglomeraban infinidad de telares y en cada uno de ellos había dos figuras idénticas tejiendo como si de una lucha se tratara. Solo se les podía diferenciar por una característica: unas llevaban carbúnculos sobre sus cabezas y sus oponentes, coronas de hierro, y a medida que el poder de las vencedoras aumentaba, también lo hacía el brillo de las piedras que llevaban, única fuente de luz de este reino de fábula y transmisoras de la poderosa melodía.

Sin embargo, a la tejedora del telar más próximo la reconoció en cuanto la miró. Se trataba de aquella mujer misteriosa sumida en el dolor, vestida con la larga túnica de luto y el cabello negro que le caía desde la luminosa frente por el rostro hasta los pechos como lirios de lluvia y envolvía su preciosa figura. La una llevaba el carbúnculo, la otra, la corona de hierro; ambas clavaron los ojos en él, una viendo la luz y la otra, la oscuridad, y lucharon denodadamente y tejieron. Se acercó al telar y echó una ojeada. Tejían su propia vida.

—Os he reconocido, mis genios del destino —exclamó Adelbert—; ¡tú, carbúnculo, mi fuerza interior, y tú, adversario tenebroso de las fuerzas externas!; ¡pero el poder y la luz serán tuyas, valioso carbúnculo!

La respuesta que recibió fue: —¡Mira aquí arriba!, pero el rostro al que miró era diferente:

En el centro de la estancia divisó a un anciano sentado majestuosamente en un elevado trono. En su frente se leía su nombre y este nombre (aunque pronunciado de forma muy distinta) es: ΑΝΑΓΚΗ. Su amplia túnica era azur y estrellada, un arpa reposaba en su mano izquierda y con la derecha la tocaba, produciendo una melodía eterna. Y según él tocaba, se movían las estrellas de su túnica y se colocaban en función de sus acordes; y según se colocaban las estrellas, y según la intensidad de los acordes, así también se equilibraba la lucha de las tejedoras. Y sus movimientos, sus descensos y ascensos, y todo su tejer y todo el brillo que emitían los carbúnculos eran los sonidos que él producía. Pero el conjunto de tejidos coloridos que se encontraban ante él formaba un único tejido, un solo acorde.

Y sobre el altar ante el trono del anciano, Adelbert vislumbró el rizo de su cabellera entrelazado con aquel otro rizo; se quitó el anillo del dedo y leyó la palabra, que ahora decía: ΣΥΝΘΕΛΕΙΝ. Se postró ante el trono con veneración. Entonces, se despertó, y tenía el rostro girado hacia el este, hacia el sol naciente.

#### FUENTE DEL ORIGINAL

Von Chamisso, Adelbert (s. f. [1806]). «Adelberts Fabel». En Georg Hesekei (Ed.), *Chamisso 's Werke* (vol. II, pp. 89-96). Gustav Hempel. <https://www.projekt-gutenberg.org/chamisso/prosa/chap01.html>

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ballester, Manuel (1990). *El principio romántico*. Anthropos.

Derjanecz, Agnes (2011). *Das Motiv des Doppelgängers in der deutschen Romantik und im russischen Realismus: E. T. A. Hoffmann, Chamisso, Dostojewskij*. Tectum Verlag.

Feudel, Werner (1971). *Adelbert von Chamisso. Leben und Werk*. Verlag Philipp Reclam jun.

Hesekei, Georg (s. f.). *Chamisso 's Werke* (vols. I-IV). Gustav Hempel.

Hitzig, Julius Eduard (Ed.) (1842). *Adelbert von Chamisso's Werke* (vol. V-VI). Weidmann'sche Buchhandlung.

Natonek, Hans (1949). *Der Schlemihl. Ein Roman vom Leben des Adelbert von Chamisso*. Behrendt Verlag.